

Violencia en el espacio académico

Estefanía Basoalto Garabito

Estudiante de Sociología

Universidad Católica del Maule

Hablar de violencia de género y exponer las aberrantes cifras que respaldan dicho accionar, es una realidad latente que nos afecta de una u otra forma a todos. Sin embargo, dichas estadísticas –que intentan realizar una proyección de la problemática— no alcanzan a ser un fiel reflejo de todas las víctimas y las condiciones que las han llevado a serlo, puesto que una parte importante de aquellas sigue sufriendo en silencio situaciones abusivas que repercuten en diversos ámbitos de la vida.

Sin desconocer los avances existentes en los últimos años por brindar el reconocimiento e importancia que merece la igualdad y equidad de género, sabemos que este proceso de visibilización de las injusticias asociadas es el inicio que marca la necesidad de un cambio mayor en la estructura social y cultural. Donde hasta hace muy poco la violencia no transcendía a lo que ocurre tras las cuatro paredes del espacio privado, hoy hemos dado luces de que podemos desnaturalizar y hacer evidente que la violencia de género es un problema social complejo, que afecta a personas de diferentes sexos, edades, clase social, culturas, niveles académicos y hemos lentamente comenzado a romper con las prenociones respecto a quiénes son víctimas o victimarios, dónde se producen dichas manifestaciones y por qué. Pero la tarea es ardua, pues debemos ser capaces de abordar temáticas como esta desde la seriedad, el respeto y la empatía suficiente para erradicar la tan acentuada cultura machista y dejar de disfrazar y minimizar las diversas manifestaciones violentas de las que en más de una oportunidad hemos sido testigos, oyentes o receptores.

Actuare violentos o discriminatorios condicionados por atributos sociales, oportunidades asociadas al ser femenino o masculino y las dinámicas relacionales entre ellos se plasman en diversos espacios de nuestro contexto cotidiano; ya sea en el ámbito privado a través de la distribución de roles y una acentuada división sexual del trabajo, en el entorno laboral mediante las brechas ocupacionales y salariales, en el espacio público como el tan debatido acoso sexual callejero. Casos como estos son solo una pequeña muestra de las manifestaciones que me han llevado a reflexionar al respecto, y

entendiendo que referirse a estudios sobre género no es sinónimo exclusivamente de mujeres, debemos reconocer que en cada uno de los ejemplos mencionados somos precisamente nosotras quienes históricamente hemos estado en una evidente desventaja, siendo consideradas ciudadanas de segunda categoría, con una limitada incidencia decisional, sometidas a un ordenamiento jerárquico y una invisibilización del conflicto. Es así como vemos que todos estos ejemplos resultan igualmente temibles que la agresión física circunscrita en el ámbito familiar o de pareja, de la misma forma la violencia o acoso laboral de tipo sexual o jerárquico, la violencia callejera, las violaciones, el trato de mujeres, la discriminación de roles y muchas otras que de seguro se me escapan, representan una cuenta pendiente.

Ahora bien, como punto inicial ante el abordaje de esta problemática, el foco de atención parte justamente por aquellas expresiones que han llegado a generar disputa en su reconocimiento y tipificación como acto violento en el espacio público, y bajo un panorama donde la opinión pública se vio impactada por la creación de una organización que se instaló fuertemente desde el año 2013 como agentes activos, en la denuncia del acoso sexual callejero, me refiero al "Observatorio Contra el Acoso Callejero, Chile" (OCAC) que tiene como finalidad el visibilizar y crear consciencia en torno a este fenómeno, además de encabezar propuestas legislativas de carácter sancionador y preventivo hacia este tipo de violencia naturalizada, poco documentada y nulamente penalizada. Además es posible reconocer, dentro de la especificidad de la focalización que logró instaurar el OCAC, una serie de dimensiones que tributan a una perspectiva integradora para entender las desigualdades de género y su amplia gama de manifestaciones. Es entonces que tomando como referencia las investigaciones levantadas y los datos arrojados por dicha organización es que a lo largo de mi formación académica, como futura cientista social, como ciudadana y como mujer, he decidido profundizar en el análisis que se ha dado a dichas temáticas, las propuestas entregadas, las repercusiones generadas, visibilizando y potenciando herramientas que permitan la supresión de las inequidades y vulneración de derechos que nos impactan a diario.

Así, durante el primer semestre del año 2017, en colaboración con María Alicia Campos, estudiante de Sociología, hemos levantado una propuesta de reconocimiento de experiencias asociadas a la violencia y el acoso en espacios públicos a nivel local, delimitada a personas asistentes a nuestra misma casa de estudios, todo esto en el marco de la creación de un reportaje para un módulo de lectura crítica de los medios de comunicación. Instancia en la que implementamos una herramienta metodológica que permitiría realizar denuncias anónimas a quien voluntariamente así lo decidiera,

plataforma que en menos de tres días de funcionamiento recibió más de 20 casos. Contemplando todas las medidas de resguardo de identidad de quienes se atrevieron a revelar –en ocasiones por primera vez– situaciones ante las que se han visto enfrentadas/os, no entraremos en detalles minuciosos por cada historia relatada, pero sin embargo se hace necesario mencionar que los niveles de violencia que se desprenden de cada uno de los relatos deja de manifiesto un profundo conflicto que como comunidad universitaria estamos viviendo y hasta entonces no ha sido considerado –o tal vez no en la magnitud necesaria– un punto en el que se vuelve difusa la línea que demarca lo callejero, lo público y lo privado, puesto que el universo de denuncias fluctúa entre espacios públicos, tanto de trayecto hacia o desde el centro universitario, así como al interior de él, con victimarios desconocidos pero también entre los propios compañeros/as, con mujeres y hombres como víctimas pero con una tendencia preponderante hacia lo femenino, porque no es casualidad que más del 76% de los testimonios sean mujeres persistentemente acosadas, mientras el porcentaje restante se distribuye entre hombres que efectivamente han sido víctimas de acoso y hombres detractores de la iniciativa de visibilización.

De esta forma la propuesta inicial da un vuelco, dejando de ser un análisis generalizado, para abordar el acoso y las manifestaciones de violencia en un contexto y espacio universitario. Si bien son vastos los estudios y análisis realizados a nivel internacional en relación al reconocimiento de la violencia de género en contextos universitarios, nos cabe preguntar ¿Qué hacer cuando somos parte de dicho contexto y te encuentras de frente con una realidad abrumadora? ¿Qué hacer cuando abres un umbral que denota una necesidad de intervención con urgencia? ¿Cómo hacer de los espacios universitarios un lugar seguro y libre de violencia? ¿Por qué casos como los recibidos en esa oportunidad se han mantenido en el completo desconocimiento?... son múltiples las interrogantes y cuestionamientos que despiertan ante los antecedentes que nuestras/os compañeras/os nos han entregado mediante una plataforma auto gestionada, pero que sin embargo resultó un espacio confiable y necesario para poner de manifiesto algo que hasta entonces no había sido tema de discusión.

Y precisamente, el no ser tema de discusión parece ser una tónica más que recurrente en diversos centros de educación superior, lo que es posible comprobar mediante un estudio a nivel nacional realizado a fines del 2016, pensado como un sondeo para presentar una radiografía sobre el acoso en las universidades chilenas, a las cuales se les solicitó información sobre cómo se enfrenta el tema y cuantas denuncias por abuso sexual han recibido, sin embargo, a dicha solicitud un 67% de las instituciones consultadas no respondió, mientras un 20% respondió pero sin entregar datos al

respecto dado que no cuenta con información ni un medio formal para recopilarlo⁷. Afirmación completamente cierta, puesto que en la mayoría de ellas aún no existe un organismo capacitado y legitimado para realizar denuncias, brindar apoyo, concientizar a la comunidad y tomar medidas al respecto, es decir, se tardan periodos considerables en la creación de protocolos capaces de sostener a quienes han sido transformadas en víctimas producto de situaciones violentas, al igual que a nivel nacional y legislativo no se logra dar una completa aprobación a diversos proyectos que pasan años dormidos esperando ser considerados una temática de interés generalizado.

En base a lo ya mencionado, es que en términos generales las manifestaciones violentas relatadas por nuestras compañeras y compañeros van desde; comentarios, hostigamiento, persecuciones, manipulación, captación de imágenes privadas, invasión del espacio corporal, entre muchas otras. Lo más impactante es que cada una de ellas ha tenido lugar en el completo anonimato, donde incluso sus propios círculos más cercanos han incitado a minimizar las situación, es por esto que aparece como denominador común entre los testimonios la desgarradora idea de que "nadie hizo nada", esto como producto de una confirmación que como sociedad aún no tenemos las herramientas suficientes para debatir estos hechos como una situación violenta, asumiendo dichos acontecimientos como algo institucionalizado que acaba siendo un continuo donde nadie interviene. Pero el hecho de que las personas que han sido víctimas de acoso manifiesten que nadie intercedió por ellos es una primera interpelación a como hemos sido educados y entender los valores que tenemos incorporados y que llevan a decir, y en ocasiones incluso justificar, que dicha interpelación es una exageración, que la culpa es porque vestías de cierta forma, porque caminaste por lugares no apropiados, a horas inadecuadas e insólitamente porque decidiste ir sola. De esta forma a las mujeres se nos transforma en las culpables y se nos denota como exageradas cuando se intenta denunciar, mientras en el caso de los hombres –aunque en menor cantidad– concuerdan en que el factor que les impide reconocerse como víctima de acoso es que son juzgados y se transforman en objeto de burlas por sus propios pares.

Esta falta de herramientas también aplica a las formas de reaccionar posteriores a ser violentadas/os; la pena, la impotencia, la sensación de vulnerabilidad, el miedo a increpar al agresor por inesperadas repercusiones, todas estas conmociones los invade porque han recibido múltiples mensajes del entorno social que constantemente han dado a entender que se está solo en esto, retroalimentando

⁷ Sepúlveda, R. (2016, 17 de diciembre) "La cultura del silencio: El pecado de las universidades para enfrentar abusos sexuales". *Bío Bío – Chile*. Disponible en: <http://rbb.cl/h5k1> (20/01/2018).

el círculo de silencio. Y yo me pregunto ¿Por qué debemos esperar tanto? Si todas aquellas personas que decidieron visibilizar sus casos y aquellos que aún no pueden hacerlo, hubiesen contado con una plataforma segura y un apoyo constante para denunciar los primeros rasgos de acoso contra su persona, probablemente las historias relatadas no llegarían a tales niveles de violencia, como la persecución y captación de imágenes íntimas sin su consentimiento, y es válido pensar que en el intertanto desde que la plataforma dejó de funcionar hasta hoy, muchos incidentes pudieron ser evitados.

Resulta contradictorio pensar que los espacios universitarios, como instituciones que centran todo su esfuerzo en implementar y mantener altos estándares de calidad en las diversas áreas del conocimiento, no están considerando que en su interior se registran puntos reproductores de desigualdad y ejercicio de poder que irrumpen en la estancia como estudiantes, como seres humanos y también acentuando desventajas al ser femenino que trascienden la estancia en el aula. Es por esto que no podemos quedarnos ajenos en pleno conocimiento de estos sucesos, se debería poder exigir a las instituciones un espacio confortable para estudiar y pasar el tiempo libre, no podemos hacer como que no vemos algo que está pasando, así como tampoco podemos pensar que en función de todas las limitantes que históricamente se han presentado en las dinámicas de visibilización, sean las/os afectados quienes se acerquen a pedir ayuda, pues probablemente no quieren exponerse más. Es por esto que resulta tan necesario levantar una oferta explícita a las personas para poder dar información de resguardo en los espacios de las universidades.

Todo esto forma parte de algo mucho más general, no sirve de nada si no lo estudiamos dentro de una política de igualdad y no quedarnos solo en el discurso, en su lugar se debe traducir en prácticas concretas, porque tener la información es un primer paso, pero este no es suficiente si no se hace nada al respecto. Resulta insostenible la idea de que tantas mujeres estén sometidas constante y persistentemente a situaciones que condicionan nuestro posicionamiento en el espacio público y específicamente en el espacio académico universitario, donde trayectos tan cotidianos como desplazarnos por el campus o actividades recurrentes y micro sociales como salir a la calle, ir a una reunión o estar en clases, llegan a ser tormentosas por tener constantemente una especie de *mirada invisible* que te recuerda una situación de sumisión, que impide una completa libertad y que muchas veces es el factor que propicia una autocensura que puede llevar a un retraimiento, cambios en la forma de vestir, cambio en las vías de desplazamiento, renunciar a la asistencia a ciertos lugares e incluso el abandono de una carrera profesional en desarrollo.

Coincidentemente esta *mirada invisible* alude a lo que alguna vez planteó Simone de Beauvoir (1949/2013), en su idea de otredad a través de los estudios históricos sobre las mujeres y la construcción de femineidad, una visión del otro/otra que no resulta recíproca, donde como persona misma te transformas en un sujeto determinado en referencia a la mirada de alguien más que adquiere un poder sobre ti, te evalúa, te construye, y en este caso te determina y condiciona la estancia como miembro de una comunidad universitaria, incidiendo en el comportamiento y en la orientación de diversas decisiones.

Ahora bien, probablemente aquellos autores de los diversos episodios no dimensionaron que efectivamente marcaron el paso de sus víctimas por el entorno universitario, a través de conductas irrespetuosas con los espacios corporales del otro. Pero, sin embargo los ejecutores de dichos actos de violencia no pueden ser considerados a priori como enfermos mentales, depravados, pervertidos o con patologías asociadas, puesto que ellos responden a conductas heredadas de un modelo social imperante, como en su momento la Red Chilena contra la Violencia hacia la Mujer los denominó "*hijos sanos del patriarcado*"⁸ que abusan del poder que histórica y culturalmente se les ha dado. Una herencia que se refleja de igual forma en aquellos que se transforman en *cómplices* que aparecen en cada relato y en cada episodio alentando, justificando, incitando a no hacer un problema sobre lo que pasó, a cuestionar y tratar de culpabilizar lo más posible a los y las afectadas. Están presentes en las historias cada vez que se dice "nadie hizo nada", cada vez que se decide posicionarse como observadores de la situación, indiferentes al peligro que puede estar viviendo alguien más. Entonces el llamado es a ya no ser cómplices.

Es profundamente necesario considerar y abordar estos temas desde diversos sectores, entre los que se incluye el académico desde sus primeros niveles, incorporando una socialización preventiva de la violencia de género, donde se contenga a cada uno de los miembros que componen la comunidad para lograr hacer de estos espacio un lugar seguro –como siempre ha debido ser– fomentando una cultura de respeto que nos permita perder el miedo a denuncias y de igual manera a realizar investigación en torno a este contenido, hablar abiertamente sin tabúes puesto que no es extraño una recepción que denota censura, y respuestas mediante insultos e intento de caricaturizar nuestras preocupaciones y demandas. De la misma forma es necesario erradicar el sexismo presente en los

⁸ Hidalgo, H. (2012, 25 de julio) "Lanzamiento de la Campaña contra la Violencia hacia las mujeres 'Cuidado el Machismo Mata'", *El MorroCotudo*. Disponible en: <http://www.elmorrocotudo.cl/noticia/sociedad/lanzamiento-de-la-campana-contra-la-violencia-hacia-las-mujeres-cuidado-el-machismo> (20/01/2018).

currículums académicos o en las discusiones y debates en las aulas universitarias. Cuando todo esto deje de suceder, en ese momento, tendremos una universidad más informada, consciente, con profesionales integrales, menos sexista y más humanos.

Para finalizar, y como muestra de una primera expresión en respuesta al trabajo realizado, se intentó plasmar parte de nuestra atingente realidad mediante una intervención urbana, en colaboración con estudiantes de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad Católica del Maule, quienes mediante una convocatoria abierta se movilizaron activamente, situándose en los espacios donde los acontecimientos relatados tuvieron lugar, portando pancartas con mensajes visible extraídos de los testimonios, todo como acto que conecta una demanda explícita con las personas que interactúan en dicho ambiente en un rutinario pasar, donde el acoso es quizás parte encubierta de dicha rutina. Con esta primera iniciativa se espera iniciar un trabajo más continuado, una investigación más sistemática para dar paso a una universidad más igualitaria, equitativa y libre de violencia.



- Beauvoir, S. (1949/2013). *El segundo sexo*, traducción de Alicia Martorell. Madrid: Cátedra.